

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Amor y fatalidad, leyenda caballerescas por A. E. de E. y S.—Al trabajo, por D. P. Ortiz.—Nuestro grabado, por X.—La mariposa, por A. Hurtado.

GRABADOS.—Monumento inaugurado en Puigcerdá el 9 Setiembre en honor al brigadier Cabrinety.—Tipos populares. El limpia-botas, por D. N. Reste.

AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

PRIMERA PARTE.

I.

LA NIEVE.



En un profundo valle próximo á la antigua ciudad de Segovia, nevaba copiosamente, en una fría y desagradable noche del mes de diciembre. Ningun ruido turbaba la tranquilidad de los campos, ninguno de esos ruidos como el murmullo de los arroyuelos, ó el susurro de los árboles, ó el monótono canto de los grillos y cigarras, ó los esquilones de los rebaños, que nos hacen conocer que la naturaleza vive, que estamos rodeados de seres vivientes que celebran plazeramente el breve período de su existencia; por el contrario, en aquella noche reinaba el silencio y la oscuridad; no era extraño: el invierno es la decrepitud y vejez del año.

Únicamente se oía el ténue y suave de los helados copos al caer.

De repente percibióse el galopar de un caballo, acompañado de sonidos metálicos semejantes al chocar de una armadura. Un caballero cruzó veloz el valle, y detuvo su caballo al pié de un castillo que en medio de los campos descollaba. Al

toque de una bocina que del interior de él salió, el caballero contestó con otros dos toques tan armoniosos como sonoros, y á cuya respuesta las cadenas del puente levadizo crugieron, haciendo este al caer sobre el foso un ruido retumbante. El caballo pasó el puente estrepitosamente, el puente volvió á alzarse, los goznes del enorme porton del castillo gimieron, siguióse un fuerte portazo, y despues todo volvió á quedar en el silencio primitivo, á tiempo que ya las tinieblas cedian su puesto á una pálida claridad.

La aurora aparecía, no diremos risueña, sino incómoda y fría por Oriente.

II.

EL CASTILLO.

¡Bellísimo era, vive Dios, el paisaje que alumbraba!

Ved la nevada sierra que destaca sus perfiles, ya toscos, ya graciosos, cubiertos con un albo manto, ved los árboles con sus nevadas copas formando fantásticos contornos, ved el antiguo castillo compuesto de tres pisos y un almenado torreón, cubierto de nieve su parte superior, y las balaustradas góticas de sus ventanas, que contrasta notablemente lo negro de las piedras de su fábrica, pareciéndose así las canas del venerable edificio. El paisaje parecia de plata afilegranada... Pero ¡qué diantre! el frío es espantoso y no debo tener á mis lectores al fresco mas tiempo, por mas que la belleza salvage haga entusiasmar, y porque al fin quien anda con nieve acaba por helarse... Apresurémonos á atravesar la puerta flanqueada de dos torrecillas del castillo, y coronada con un noble escudo; pasemos sin detenernos un patio rodeado de arcadas, subamos una escalera que á su estremidad encontramos, admirando el gusto mitad bárbaro mitad delicado de

su arquitectura, entretengámonos en ver los chapiteles de las columnas adornadas con monstruos, figuras humanas, santos, enanos y gigantes, animales, batallas, procesiones, hasta penetrar por otra puerta tan enorme como la primera, y asimismo blasonada, con la diferencia que está llena de mosaicos y tallados dorados, tan prolija como minuciosamente esculpidos en ella, y nos veremos después de haberla penetrado, en el principal piso del edificio.

Cruzaremos estos destartalados y grandísimos salones, sin pararnos en describir detalladamente su mueblaje, diciendo solamente que en ellos todo es tan tosco como grande, y nos detendremos por término de nuestra escursión en una vasta estancia, cuyas paredes están colgadas de unos tapices con figuras en posturas descoyuntadas, y las que los artistas que las ejecutaron se imaginarían que dejaban una obra que les haría inmortales por los siglos de los siglos. Amen.

Y me viene perfectamente la palabrilla para concluir con el capítulo.

III.

TRES HONRADOS SIRVIENTES DE ANTAÑO.

El resto del mueblaje de la habitación se componía de una gran mesa de nogal, en la que se veía un tintero, una salvadera y una campanilla (que seguramente envidiaría la iglesia de algún pueblo de hoy día), de una colosal chimenea de piedra, en la que ardía un carro de leña, y de enormes sitials que flanqueaban los muros del salón. En cuanto al techo de forma abovedada, estaba cuajado de piñas doradas, que el tiempo y el humo habían transformado en negruzcas, y que el trabajo y coste de ellas debió valer muchísimo, probando el buen gusto y riqueza del noble dueño del castillo.

Ya que hemos examinado los muebles móviles inanimados del edificio, procuraremos hacer conocimiento con los muebles inamovibles vivientes de él. Decimos inamovibles, porque en aquellos venturosos tiempos, los servidores vivían y morían donde nacían, siendo para con sus amos unos fieles amigos, capaces de dar su vida en aras de su fidelidad, para evitar cualquier desgracia que á sus señores sobreviniese.

A la sazón, encontrábanse dos honradas dueñas vestidas con sendas tocas de una blancura estremada, y con vestidos de un negro subido, arreglando el salón que conocemos.

—Señora Gervasia de mi alma, decía la una, ¡qué noche!...

—A mí, como el flato y el histérico no me dejan sosegar, me acosté temprano, no sin rogar primero á nuestra muy amada patrona, nuestra Señora de la Fuencisla, que dé las saludes temporales y espirituales que nuestros buenos y nobles señores necesiten... pero ¡ay! mis dolores no me dejaron reposar ni un momento.... ¡Ay Jesus del alma!

—Pues... de buena os librásteis... no llegó Roberto sino al amanecer.

—¿Y preguntó la compañera de doña Gervasia con curiosidad, vió á don Beltran?

—Al momento, contestó la Gervasia.

—¿Y á Florinda, nuestra buena y noble señorita?

(Se continuará.)

AL TRABAJO.

Noble derecho, glorias conquistadas
Por las humanas huestes que oprimidas
Bajo el yugo del déspota gimieron;
Vida del mundo, actividad sagrada;
Al fulgor de tus fráguas que encendidas
Ignorancia y tinieblas destruyeron:
Junto al yunque sonoro
Donde al golpear acompasado y rítmico
Lanza el yerro candente chispas de oro,
Quiero cantarte; y que el rumor y estruendo,
Himnos de gloria que á tu nombre santo
Los talleres y fábricas entonan,
Mezclen su voz á mi armonioso canto.

Que no ya las esclavas muchedumbres
Por orden del tirano
Solas te rinden culto, ni en tu seno
Anida el deshonor. Ya del humano
Eres la dulce ley. Cuantos te siguen
Dignos y honrados son; ni el ocio inerte
Amengua su virtud, ni les persiguen
Los torpes vicios ó la adversa suerte.
Y es mas grata á tus ojos la sencilla
Rudeza del labriego, cuyo arado
Abre el fecundo surco á la semilla,
Que el fastuoso esplendor del potentado:
Y el techo ennegrecido
Por las humeantes fráguas es tan noble
Como el rico artesón, donde esculpido
Quedó el orgullo en el vetusto roble.

Trabajo bienhechor génio sublime
Cuan grande es tu poder! Tu aliento solo
Cambia la faz de la anchurosa tierra.
Ved desde polo á polo,
La utilidad que á la materia imprime
El fuerte obrero en su fecunda guerra.
Por él la hermosa dama
Puede lucir su espléndido atavío
Ante el amado que su pecho inflama.
Por él torciendo el rio
Su grave curso, el páramo convierte
En llanura feraz. Él con la muerte
Lucha en el fondo de la mina oscura
Y arranca los tesoros
Que el alto monte esconde en sus entrañas.
Él transforma del bosque la espesura
En bajeles, palacios y cabañas.
Él recoje en el seno del Océano
Sin temor á sus leyes
Las blancas perlas; y su tosca mano
Que ha forjado los cetos de los reyes
Forja tambien la tumba del tirano.

Mas no los altos timbres del obrero
Se alcanzan solo con trabajo rudo
Y mano encallecida.
La humanidad contempla agradecida
A otros obreros con asombro mudo.
Son los que en la alta cumbre de la ciencia
Que con hercúleo esfuerzo conquistaron
Hacen brillar su clara inteligencia.
Los que el rayo estridente sujetaron.
Los que fuertes murallas de granito
En mónstruos de vapor ráudos cruzaron.
Los que tienden su vista al infinito
Y descubren la mágica armonía
Del mundo sideral. Los que al desierto
Cálido marchan ó á la zona fria
Buscando, en su valor, con rumbo incierto
De otras regiones la ignorada vía.

¡Gloria á sus nombres que el clarin vibrante
De la fama estendió! Su noble ejemplo
Escrito ya con letras de diamantes
Ved del trabajo en el augusto templo.
En él entrad, y en armonioso coro,
Al fulgor de las fráguas encendidas,
Ensalcemos su gloria
Junto al yunque sonoro,
Donde al golpear acompasado y rítmico
Lanza el hierro candente chispas de oro.

PAULINO ORTIZ.

NUESTRO GRABADO.

El heróico y liberal pueblo de Puigcerdá ha verificado el 9 de Setiembre un acto solemnísimo: la inauguracion de la estatua de Cabrinety, aquel bizarro y pundonoroso jefe, mártir de la pátria, de la libertad y de la disciplina, cuya memoria vivirá eternamente, no solo entre los bravos veteranos, testigos de su valor y de su gloria, sino entre todos los que conocieron las virtudes cívicas y militares del malogrado brigadier.

La estatua, obra del inspirado artista señor Novas, levantada fué en la plaza de Puigcerdá en honor de quien supo libertar á la invicta villa del sitio que la pusieran las hordas de Saballs.

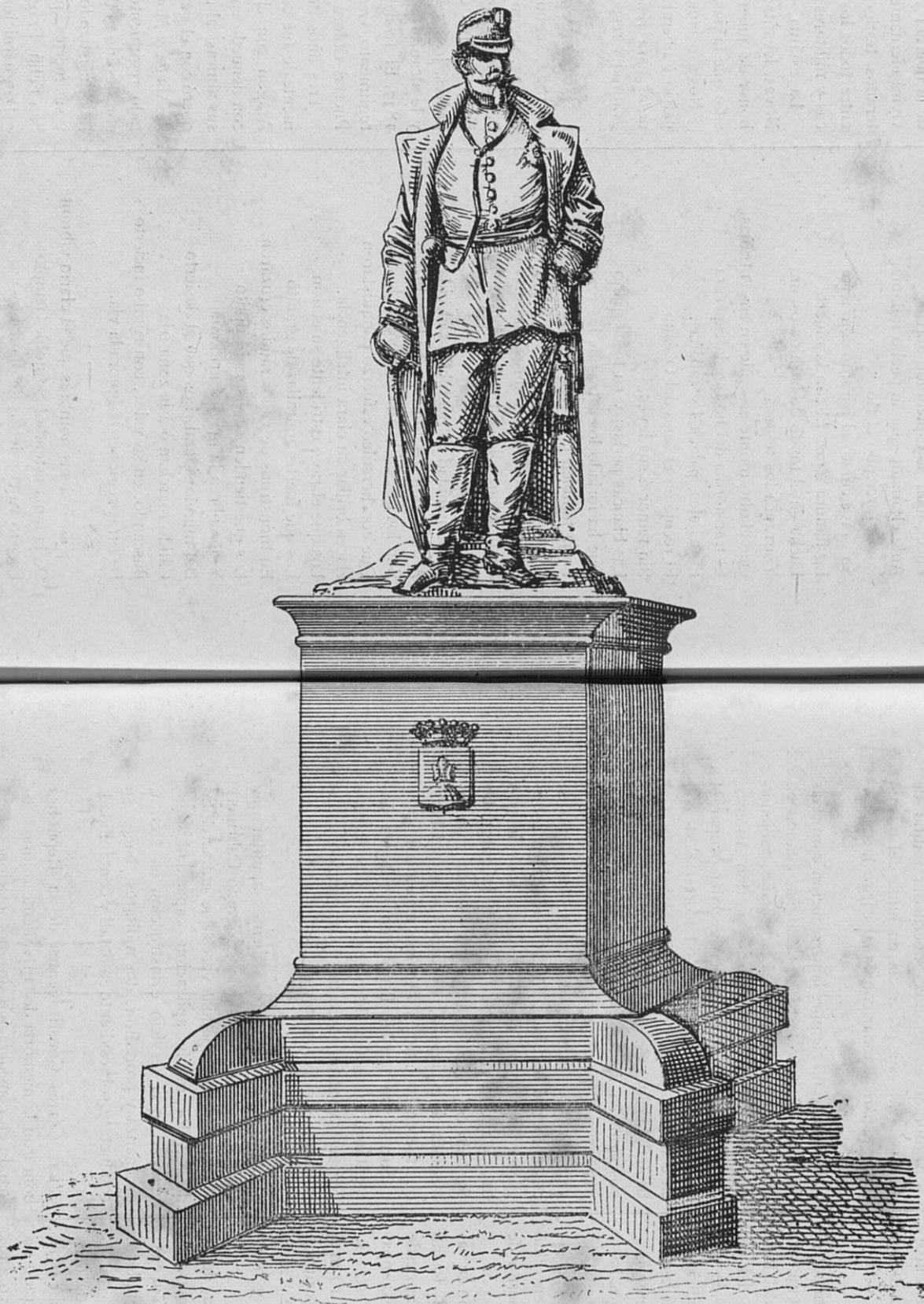
Nos asociamos de todo corazon al sentimiento pátrio y liberal que ha inspirado á los puigcerdaneses para rendir de este modo un tributo de gratitud y respeto á Cabrinety.

Nació éste en Palma de Mallorca, el 21 de Julio de 1822, segun algunos biógrafos; el 26 de Julio de 1823, segun consta en la hoja de servicios que hemos leído por amable tolerancia de la secretaria y archivo del ministerio de la Guerra. Sus padres, José y Magdalena, educáronle á su lado, y le alcanzaron la gracia de cadete en Enero de 1837. El 19 de Julio de 1839 se incorporó á su regimiento, Gerona, núm. 22, que se hallaba en Puertas-Coloradas (Guipúzcoa).

Tres años desempeñó la plaza que graciosamente le fué concedida, y durante ellos pasó á Aragon con el ejército expedicionario. Batióse con denuedo en la accion de Miravete y toma de sus alturas, al mando del general Castañeda, y operó con el general O'Donnell en el sitio y toma de Aliaga y Morella, hasta que fué baja en el citado regimiento por su ascenso á subteniente, con destino al de Aragon, al cual se incorporó en Julio, asistiendo el 3 de éste á la toma de Berga y sus fuertes, pasando el resto de aquel año en San Feliú, Fraga y Vallobart.

De guarnicion en varios puntos de Aragon, fué destinado Cabrinety, en Mayo de 1841, á su antiguo regimiento de Gerona, que se hallaba en Pamplona, encontrándose á 1.º de Octubre en la revolucion que estalló en dicha plaza. Fiel al gobierno, fué condecorado.

De guarnicion despues en Victoria, y por el mérito que contrajo en el alzamiento nacional se le concedió el grado de teniente, pasando á Zaragoza, de donde partió para su país natal, en el



MONUMENTO INAUGURADO EN PUIGCERDÁ
EL 9 DE SETIEMBRE DE 1880, EN HONOR AL BRIGADIER GABRINETY.

que debía esperar la licencia absoluta, que luego le fué concedida.

En esta situacion dejó trascurriesen los años 1844, 45 y 46; en Diciembre de éste se le dió carácter de retirado, sin sueldo, con el cual siguió hasta Abril del 53, en el que se le confirió el grado de teniente. En 1855 alcanzó volver al servicio con el abono de todo el tiempo que estuvo apartado de él y los ascensos que le correspondieran, por cuyo motivo fué nombrado capitán, pero en situacion de reemplazo.

A fines de Noviembre de 1856 fué destinado de capitán ayudante al cuadro de la Reserva número 39, Almería. El 57 pasó al regimiento del Rey, de guarnicion en Barcelona, hasta Abril del 59, que salió para Tarragona. En Setiembre de este año pasó á Ceuta, formando parte de la brigada de observacion de las costas de Africa, á las órdenes del general Echagüe, y sucesivamente asistió á la toma del Serrallo y otras acciones hasta la famosa de Tetuan, quedando aquí de guarnicion. En esta guerra de Africa obtuvo el grado de comandante, las cruces de San Hermenegildo y San Fernando, y fué declarado benemérito de la pátria.

Vuelto de Tetuan, estuvo de guarnicion en varios puntos de la Península, y en 1866 formó parte de la columna de operaciones que desde Barcelona salió en persecucion de doce compañías sublevadas, contribuyendo á que estas se internasen en Francia, despues del encuentro en el Coll de Pinazo; en 1867 continuó la persecucion de partidas insurrectas de la provincia de Tarragona. Estos servicios le valieron cruces y menciones especiales.

En 1868 asistió á la batalla de Alcolea, desde la vanguardia de reserva, al mando del marqués de Novaliches; y aunque luego se adhirió al ejército vencedor, quedó en situacion de reemplazo. Poco despues volvió al ejército activo.

En 1870 apareció Cabrinety otra vez de operaciones. Falset fué su centro principal. En 1871 alcanzó por su actividad y energía el grado de teniente coronel, y en 1872 batió de nuevo á los facciosos que mandaban Tristany y Miret, por cuyos hechos se le dió el empleo correspondiente y el grado inmediato de coronel.

Otras no menos brillantes acciones sostuvo contra los carlistas en 1873, especialmente las de Sallen y Mieras, Santa Pau contra Saballs, toma de Berga y otras poblaciones. Pero en aquella época su principal servicio á la pátria y la libertad consistió en obligar á los carlistas á

abandono de Puigcerdá, que Saballs tenia sitiada con imponentes fuerzas.

Del 15 al 28 de Mayo salió victorioso en muchos combates contra dicha faccion Saballs, continuando así la campaña hasta fines de aquel mes, que fué baja en el regimiento, por su ascenso á brigadier, segun decreto de la república.

Nombrado en seguida gobernador militar de Lérida, dejó esta provincia en Junio del mismo año 73, para mandar con igual cargo la de Gerona.

Dirigía como siempre la persecucion contra las facciones de esta parte de Cataluña, cuando en la tarde del 9 de Julio de aquel año, sabiendo que el enemigo, á las órdenes de don Alfonso, Saballs, Huguet y otros, proyectaba ocupar el pueblo de Alpens, se propuso socorrer á éste con su columna. Llegaron antes los carlistas, y Cabrinety decidió desalojarles. Entablada la lucha posesionadas las fuerzas de don Alfonso de algunas casas, dispararon algunos trabucos sobre la vanguardia de nuestros soldados. Iba, como de costumbre, á la cabeza de estos el valiente brigadier, y como á él se dirigieran los primeros tiros, cayó mortalmente herido en la garganta. Sentado en un banco de piedra de una casa inmediata á la iglesia, exclamó estas palabras, que fueron las últimas: *Dios mio, muerto soy.*

Suceso tan terrible llegó á envalentonar momentáneamente al carlismo catalan. Por fortuna de nuestra pátria, luego fué aquel vencido y humillado definitivamente.

Como notas de interés debemos apuntar que en la hoja de servicios del malogrado Cabrinety se hace constar repetidas veces que era acreditado su valor, mucha aplicacion, capacidad, puntualidad en el servicio é instruccion en táctica, ordenanza y procedimientos militares, buena su conducta y sobresaliente en detall y contabilidad.

Las Córtes Constituyentes de la República honraron la memoria de tan valiente militar, tomando en consideracion dos proposiciones, una declarándole otra vez benemérito de la pátria, y concediendo á su viuda, la distinguida señora doña Etlvina Guteran y Sañes, una pension de 4.000 pesetas; otra concediendo á dicha señora la viudedad de teniente general de ejército, como tributo de la admiracion y del respeto que á la pátria inspira el heroísmo de sus hijos.

La que por fin se convirtió en ley, que decretaron y sancionaron las Córtes en 29 de Agosto

de 1873, estaba concebida en los términos siguientes:

«Artículo 1.º Se declara benemérito de la patria al brigadier de los ejércitos nacionales don José Cabrinety, muerto gloriosamente al frente del enemigo en el pueblo de Alpens el día 9 de Julio de 1873.

Art. 2.º Se concede á su viuda la pension correspondiente á las de teniente general sin mando, trasmisible á sus hijos conforme á lo prescrito en el art. 5.º de la ley de 8 de Julio de 1860.»

La nacion por medio de las Córtes, rindió entonces, de tan justa manera, un tributo de respeto al valor de Cabrinety, si desgraciado, sublime, heróico.

Hoy Puigcerdá, la famosa villa que en nuestras guerras civiles ha rechazado con heroismo á las huestes absolutistas, levanta un monumento que perpetúe la fama de su libertador.

Así es como los pueblos deben honrar la memoria de los hombres mas ilustres.

X.

(De *El Globo*.)

LA MARIPOSA.

Vestida de oro y zafiros
saludando á la mañana,
hiende los aires ufana
en cien caprichosos giros
 veleidosa,
bellísima mariposa
de túnica peregrina,
que al dar un beso á la rosa
 purpurina,
nunca hasta entonces se viera,
ni una rosa mas divina,
ni mas linda jardinera.

Vertiendo vida y amores
loca ostentando sus galas,
estremece con sus álas
los capullos de las flores:
 y á su paso
con rico manto de raso
salió un clavel presumido,
que al rendir su amor escaso
 aunque sentido,
nunca hasta entonces se viera,
ni un galan mas encendido,
ni mas linda jardinera.

Parada orillas de un rio,
iban bordando las ondas,
de su vestido las blondas
con finísimo rocío

transparente:

y al mirarse en la corriente:
donde el sol pinta uno á uno
sus rayos de luz ardiente,
 nunca alguno
hasta entonces allí viera,
ni espejo mas oportuno,
ni mas linda jardinera.

Cruzando el campo serena
por gozar de su tesoro,
tendió sus álas de oro
sobre una blanca azucena

pura y llena

de perfumes y de gualda:
y al reposar candorosa
entre su nevada falda
 esplendorosa
nunca hasta entonces se viera,
ni una rama tan frondosa,
ni mas linda jardinera.

Vióla girar desde el nido
donde cantára su amor,
tristísimo ruiseñor
con acento dolorido:

su gemido

lo sofocó en su garganta;
y como al punto ligero
amantes himnos levanta
 lisongero,
nunca hasta entonces se viera,
pájaro mas hechicero,
ni mas linda jardinera.

Mas ¡ay! que atrevida y vana
dirigió su raudo vuelo
enamorada del cielo
á su pabellon de grana:

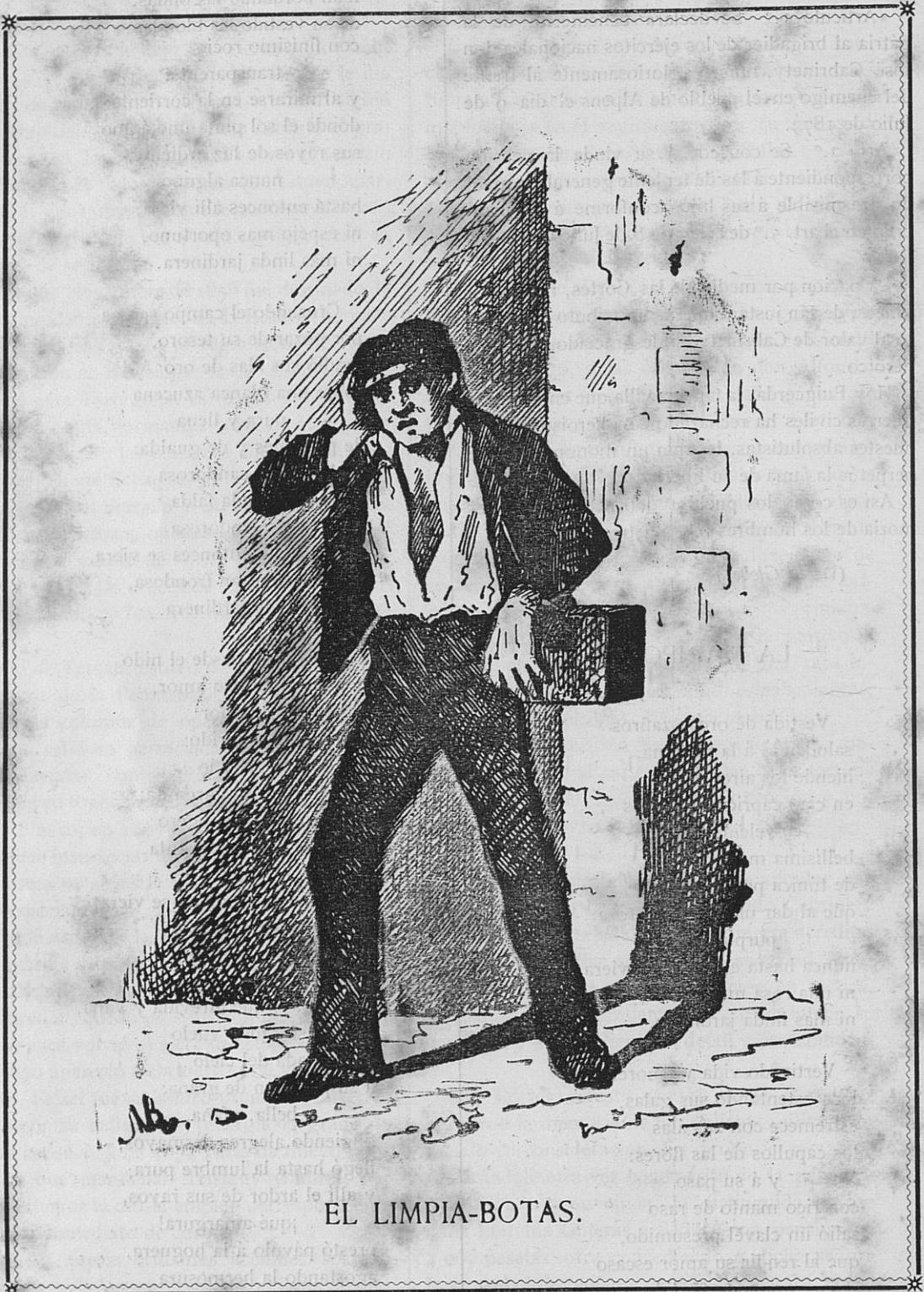
bella, ufana,

fingiendo alegres desmayos,
llegó hasta la lumbre pura;
y allí el ardor de sus rayos,
 ¡qué amargura!
prestó pávulo á la hoguera,
agostando la hermosura
de la linda jardinera.

A. HURTADO.

PALMA.—IMPRESA DE M. ROGA.

TIPOS POPULARES.



EL LIMPIA-BOTAS.

(Por D. N. Reste.)